

## Editorial

**La mentalidad burguesa**

Manuel Quijano

En cualquier sociedad, ya se trate de una primitiva o de una evolucionada, hay ciertas ideas, como el ejercicio de la medicina occidental que, por una especie de consenso tácito, no se admite la posibilidad de ser sometidas a juicio. Junto a ellas hay otras, menos arraigadas que llamamos «de época» o de un tiempo o periodo que, aunque sean de una élite intelectual, no constituyen un sustento intelectual y el enjuiciarlas no provoca rechazo. Uno de los aspectos de esta creación es la mentalidad de grupo, una expresión de un factor que opera en la funcionalidad del grupo, y es que se trata de ideas valorativas, condicionantes de juicios de valor.

La romanización que consistió en extender ampliamente los modos de vida romana, se logró fundando, con soldados o veteranos, colonias donde se imitaba la vida de la metrópoli, fuera de los castillos feudales, de manera que estos grupos crecían junto a esas antiguas comunidades, y se llamaron burgos. Las sedes de señoríos, abadías o monasterios o castillos feudales, que se fueron formando gracias al desarrollo demográfico o la reactivación mercantil, fueron muchos y las nuevas ciudades –en los siglos XI o XII– de gente que se llamaba a sí misma burguesa, aumentó la población. La verdad es que esas pequeñas ciudades devinieron más importantes que el castillo feudal original y sus habitantes siguieron llamándose así para distinguirse, pues esa parte pequeña de las ciudades se convirtió en el sostén económico del todo, al estar habitado por labriegos trabajadores y artesanos muy trabajadores. En un principio era la parte de la colonia periférica y que mantenía al resto, pero insisto, se convirtió en la parte activa de la ciudad.

No obstante, tenían una mentalidad urbana, progresista, ya no rurales o tradicionalistas. Y ocurre que esas clases de burgueses llegan a hacerse ricos, pues el dinero, producto de sus actividades de siembra y acumulación, les permite competir con la aristocracia, que siente desprecio por ellos pero respetan su dinero. Y poco a poco, sobre todo en el siglo XIX, la clase burguesa triunfa (hasta eligen en Francia a un rey Burgués, Luis Felipe); y con ello la burguesía impone su mentalidad en forma universal, aunque hostigada por el disconformismo, en un principio externo a ellos mismos, pero que ahora se ha vuelto un término que implica clase media, de dudosos gustos y poco cultivada.

La verdad es que el disconformismo se manifestaba desde antes, y en pleno siglo XVIII aparecen las novelas de Goethe, el Werther, y La Nueva Eloisa de Rousseau y se va gestando todo el movimiento Romántico que tenía una cierta tendencia a volver al pasado. Un poco más tarde la Vida de Bohemia (que da curso a la ópera La Bohemia), obra de escaso valor literario pero de importancia testimonial, y aun cuando entre los románticos hubo personalidades muy importantes como Hugo, Chopin, Chateaubriand, Walter Scott, todos ellos formaban un grupo aparte que tenía más contacto con la nobleza que con los burgueses. De hecho, fue una reacción antiburguesa, no progresista, sino nostálgica. Y ahora se llega al extremo de llamar «pequeño burgués» con un sentido peyorativo, a personas serias, que destacan poco, pero son positivas y los grandes escritores usan el término para diferenciar a sus personajes, sin que ya nadie se moleste, porque ahora los burgueses son los poderosos.

Una mentalidad es, en definitiva, un sistema coherente de opiniones, que abarca muchos campos y que espontánea o sistemáticamente, se transforma en respuesta a las más diversas interrogantes. La mentalidad burguesa nace de la experiencia, su sistema de ideas, remite a lo que cada uno de sus miembros ha aprendido de su mamá o del cura, en forma difusa, pero que se transmite como un saber integrado; que vive mucho tiempo como conocimiento práctico, y al final lo aprueba la astucia, palabra cargada de sentido moral negativo, porque se aplica a transacciones comerciales y es la antítesis del código caballeresco; se exaltan de esta manera los métodos de las clases populares. Se trata de cosas elementales y no trascendentes, como normas de vida, que no parten de ideas, sino que son reacción a las circunstancias de la propia vida, aunque después se vaya elaborando en forma más abstracta.

En el siglo XVII Kant dice: «tienes que obrar de tal manera que tu conducta pueda ser erigida en norma general»; es la expresión de una ética no dogmática, racional, cuyo fundamento no es un mandato divino, sino elaborado por la razón. Es una ética social. En sus orígenes estas experiencias tienen mucho de emocional, pero progresivamente se van sublimando hasta transformarse en racionales. Racionalizar es precisamente borrar el origen experimental, contin-

gente, y afirmar su valor eterno y universal. También es típica la doctrina científicista de Spencer o la positivista de Comte, que implican la certeza de la posibilidad del conocimiento de naturaleza sensible y una actitud agnóstica con respecto a la metafísica en la que nadie puede asegurar si hay algo detrás de la realidad sensible: eso es materia de fe y sobre eso no se opina.

Después de la Primera Guerra Mundial, la mentalidad burguesa se ha extendido debido al ascenso de las masas, previsto por José Ortega y Gasset. Las masas se incorporan a la sociedad de consumo y, como son signo de *status*, se apoderan de las ideas vigentes de las clases medias. Desde la Primera Guerra Mundial se asiste a una expansión de la mentalidad burguesa, al mismo tiempo que empieza a manifestarse una crisis cualitativa, más extendida que antes, tanto en Europa como en los EUA y, en mi opinión, asimismo en la órbita soviética. Se trata de una idea que no viene del pasado, sino que es nueva... y no sabe lo que quiere; pues se trata de una idea del hombre y de la realidad. Es más, la sensibilidad intuye los cambios.

Algunos ejemplos son reveladores: el triunfo del feminismo como liberación en que la mujer se convierte en jefe de familia, usa falda corta, melena como *garçon* y *chemise* (transparente), fuma, se pinta exageradamente y últimamente pantalones, e invade todos los oficios reservados al hombre, desde taxista, empleada de gasolinera, chofer de camión, miembro del ejército y de la policía, etc.; otro ejemplo, aparece el Tercer Mundo y los pueblos africanos, árabes y orientales, que comienzan a distinguir entre la incorporación al desarrollo industrial y la aceptación de la mentalidad burguesa. La crisis no proviene de la tradición, sino de situaciones nuevas e ideologías nuevas, pues la novedad más notable es la irrupción del escepticismo y el hedonismo, como una rebeldía más. Después de la Segunda Guerra. Ortega y Gasset hace notar que esas masas que, en un principio son consideradas ilegítimas y no representativas pronto se reconocen, como formando cola en los cines o en los supermercados, aspirando a los bienes que antes eran patrimonio de las élites y de las clases medias. Se trata de una revolución en que sus actores no son las masas del mundo industrial.

Estas masas no son escépticas, buscan la movilidad social y mejorar sus condiciones de vida. El escepticismo se manifiesta en las élites, que consideran que algo funciona mal y caen en la actitud hedonista. Inclusive algunos gru-

pos de artistas plásticos, como el dadaísmo y el surrealismo, puramente estetizantes, que desean sacudirse de compromisos con la sociedad, pues cuando las masas se sacuden el compromiso de la sociedad, el problema es menos serio que cuando lo hacen las élites. Esto ocurrió a fines del XIX con Oscar Wilde, Anatole France y Eca de Queiros o la literatura de Proust que refleja una sociedad que ha dejado de creer en todo, y deja su lugar para otra sociedad.

Las élites habían comenzado a perder confianza en el conjunto de convicciones básicas que constituían la mentalidad burguesa y ése es el primer signo de la crisis de la mentalidad burguesa; de la vulgaridad que se expresa en la biografía de un hombre individual, grande o pequeño, (género que fue muy popular en los treinta y cuarenta) y llega a los que se llamaron «iracundos» o a los *beatnick*, grupos que se enajenan y se frustran. En resumen, después de la Primera Guerra Mundial entra el escepticismo, que se continúa con una actitud de protesta y de rebeldía constituido por el disconformismo. Se establece un círculo vicioso que define Bernard Shaw con una frase famosa: «el hombre de nuestro tiempo es un hombre que gasta su vida en ganársela».

Esto es lo que ocurrió, o más bien dejó de ocurrir en el momento del disconformismo y de ahí la crisis de la mentalidad burguesa. A las élites las domina un sentimiento de escepticismo y una actitud hedonista que recuerda el *carpe diem* de Horacio (que es como vivir el día, sin complicaciones): las élites legítimas son las que, a juicio de la sociedad, gozan de sus privilegios para cumplir mejor sus deberes. En el momento que abandonan sus deberes y se guardan sus privilegios, las masas les retiran su consenso y se desencadena la crisis. Las élites escépticas y cínicas, trasformaron las garantías que rodeaban sus deberes de élite en privilegios personales y automáticamente se convirtieron en ilegítimas.

No puede vislumbrarse el final de la mentalidad burguesa. Los tiempos que siguen no son de claridad sino de confusión que se opone a un sistema diáfano y muy estructurado, como es la mentalidad burguesa. Sin objetivo claro, que lo da el disconformismo, será capaz de engañar a muchos acerca de la profundidad de los cambios que anuncia, pero será un engaño. Pues en el momento actual, la burguesía es la clase dominante que, aunque se desee en el fondo, convertirse en una clase de élite, continuará siendo lo que es, sin experimentar cambios.